

*DE MAL ASIEN TO*

BLANCO AGUINAGA, Carlos

Ed. Caballo de Troya, Madrid, 2010, 329 págs.

I.S.B.N.: 978-84-9659-41-8

De una escasa tradición de escritura biográfica en nuestras letras hemos pasado, en las últimas décadas, a una proliferación de libros de memorias, escritos por gentes de distintas profesiones (políticos, banqueros, cocineros, etc.) y, lo más sorprendente, de diferentes edades (20, 30, 40 años...) que, a veces, o mejor dicho la mayoría de las veces, poco tienen que aportar, aparte de mejorar el patrimonio monetario de sus autores. No es este el caso de Carlos Blanco Aguinaga (Irún, 1926) que recientemente nos ha regalado con *De mal asiento* un texto memorialístico de gran vigor literario que nos retrotrae a un tiempo - segunda mitad del siglo XX - y a un paisaje emocional y vivencial - el del exilio republicano español en México - que han marcado, sin duda, el devenir de la historia última de España.

*De mal asiento* es la segunda parte del ejercicio de rememoración que el crítico literario y escritor irundarra comenzó con la publicación en 2007 de *Por el mundo* (ed. Alberdania). Si aquí narró acontecimientos relativos a su infancia, adolescencia y primera juventud, marcados por la Segunda República, la Guerra Civil del 36 y el exilio americano, en la obra que presentamos retoma la historia, su propia y particular historia, en el punto en que la dejó, para llevarnos por su recorrido vital desde los años cincuenta del pasado siglo hasta aproximadamente la década de los noventa. Su escritura no es un acto de soberbia, no surge, como es el caso de otras memorias, de una auto-consideración narcisista, sino de la íntima necesidad de reflexión y creación de unidad de sentido vital, y desde el absoluto convencimiento de que sin la posibilidad del relato, de la narración, de la palabra, la memoria deviene en inviable: “No he escrito estas memorias por suponer que lo que tenga que contar acerca de mí mismo sea de gran importancia para el Universo Mundo, sino porque estoy convencido de que todos somos narradores, y pienso que todos deberíamos dejar constancia de nuestro paso por esta vida”. Idea que ya había expresado en los versos de su poema “Carta a Francisco Chica”: “Ponle fecha/ porque la historia se va: limita, especifica, agárrala”. No es un libro, por lo tanto, egocéntrico y auto laudatorio, sino que hunde sus raíces en la necesidad, como diría Unamuno, de “no morir del todo”, de dejar cierta

huella de su paso por el planeta, de superar el olvido: “La experiencia vivida solo existe en la medida en que se recuerda”.

*De mal asiento* no sólo resulta interesante para conocer con más precisión la figura de su autor, o para hispanistas, estudiosos del exilio o historiadores de la literatura, sino que, por los acontecimientos narrados y la forma de hacerlo (su construcción), puede también ser atractivo para aquellos que pretendan adentrarse en aspectos de la “intra-historia” de los cincuenta últimos años del siglo XX. Su estilo fluido y ameno, conseguido en base a recursos como la introducción de diálogos, reflexiones sobre distintos temas (literarios, sociales y políticos), descripción de personas conocidas -cuya eficacia consigue con dos o tres adjetivos-, ciertas dosis de humor, etc., hacen que el libro adquiera incluso características novelescas, entretenga y se lea con suma facilidad

Esta segunda parte de sus Memorias, articulada en ocho secciones o capítulos, se inicia cuando, a la vuelta a México, después de sus años como becario en Harvard y su experiencia marinera, comienza a dar clases de inglés en colegios de primera enseñanza para poder subsistir. Carlos tiene poco más de veinte años en el momento en que da sus primeros pasos en el ámbito de la docencia. Es importante, en esta línea, lo que nos narra en torno a la Revista *Presencia* y al ambiente literario que reina en México D.F. en esta época. Una aventura la de *Presencia* que la emprende junto con Ramón Xirau, Tomás Segovia, Roberto Ruiz, entre otros. Son años de ilusión en los que un conjunto de jóvenes exiliados pretenden hacerse notar en el panorama literario mexicano. Es el tiempo también en el que conoce a Iris, la mujer de su vida, con la que se casa en 1950, y con la que, transcurridos sesenta años, todavía permanece. A principios de dicha década consigue entrar como profesor en una pequeña universidad americana: el México City College, y de la mano de “su admirado y querido maestro” Raimundo Lida, que le ofrece una beca de investigador en El Colegio de México, empieza su carrera como investigador hispanista con un estudio sobre Unamuno, trabajo que constituirá su tesis doctoral y que verá publicado en 1954. Este estudio representa el inicio de una carrera brillante como crítico literario, pero también su renuncia a los escritos de ficción, hasta que en la década de los ochenta vuelva a ellos: “una de mis tareas era ponerme al corriente de la narrativa más reciente, y en aquel piso de Caracas leí novela tras novela de los entonces más jóvenes autores. Hasta que me aburrí de leer novelas -lo recuerdo exactamente- según desayunábamos una mañana le dije a Iris: <<voy yo a escribir una novela>>. Me miró como si de repente me hubiese vuelto loco. Me reí,

terminé mi café, y me senté frente a la máquina de escribir. Había por fin entendido que siempre había querido escribir ficciones. Pero mis cuentos publicados en aquella juvenil revista nuestra de México, *Presencia*, habían sido siempre cosillas cortas, y pensaba que no tenía aliento para más. Además, competían con mi poesía. Entre lo uno y lo otro (más las casualidades: entrada de becario a El Colegio de México, por ejemplo), dejé poemas y cuentos y me dediqué a la crítica literaria. Y he aquí que, de repente, me volvían aquellas ansias creadoras juveniles”. Pero nos estamos adelantando demasiado en el tiempo.

Tras una estancia de año y medio en la Universidad de Ohio State, en Columbia, como profesor de literatura española de los siglos XIX y XX, vuelve a México en 1955. En esta época entra en contacto personal con buena parte de los escritores del llamado boom hispanoamericano, participando en los orígenes de la famosa *Revista Mexicana de Literatura* (duró once números, hasta mayo-junio de 1957) junto a Carlos Fuentes. Mantiene relación con Emilio Prados -del que escribirá una novela-, Claudio Guillén, Juan Rulfo, Octavio Paz, entre otros, y da información sobre cómo se van gestando sus primeros artículos y ensayos críticos que harán de Carlos uno de los hispanistas más importantes de la época. De finales de la década de los cincuenta es una de las escenas inolvidables del cine: el diálogo entre Jack Lemmon y Joe E. Brown en *Con faldas y a lo loco*, de Billy Wilder. Y todos hemos recurrido alguna vez a su última frase: “Bueno nadie es perfecto”. Unas memorias no serían honestas si se evitara lo negativo y en las suyas, Carlos no nos esconde sus fobias, y entre ellas está Octavio Paz, del que dice: “Detrás de la idea de la revista, no sé cómo ni por qué, estaba el insoportable Octavio Paz, uno de los hombres de mayor vanidad baboseante que haya conocido en mi vida. Pretencioso, grosero y mal educado, capaz de utilizar su poder –digamos mediático para hundir a cualquier escritor joven que no le hubiese hecho las suficientes caravanas impidiendo que se publicaran sus versos o sus cuentos en cualquier editorial”. Carlos va simultaneando en el libro datos y episodios diversos, tanto de su vida personal (mujer, nacimiento de hijas, amigos) como profesional, haciendo alarde de una memoria encomiable, pues recuerda, incluso en ocasiones con fechas exactas, tal o cual acontecimiento. Su escritura también está repleta de reflexiones personales que dejan constancia de su visión de la realidad y del mundo concerniente a diversos temas ideológicos, culturales y sociales. Sus memorias no son un mero cronicón aséptico, sino más bien una autobiografía bien contextualizada.

Vuelve a Columbia y, nada más llegar, le ofrecen una beca Guggenheim dándole además la libertad de elección tanto del tema de investigación -volverá de nuevo a un viejo conocido: Unamuno, trabajo que simultaneará con otro sobre Emilio Prados- como del lugar donde desarrollarlo. En 1958 sale con su mujer y tres hijos hacia Europa, en concreto a Francia, a París (música de Brassens, la voz de Edith Piaf, las charlas existencialistas de Sartre en el café de Flore del Barrio Latino, guerra de la independencia de Argelia, etc.) y contacta con Julio Cortázar, que en aquel momento estaba inmerso en la escritura de *Rayuela*. Días en los que también baja hacia Hendaia desde donde se traslada a España y a su Irún natal, tras veinte años de ausencia. El reencuentro con su familia vasca está narrado con mucha intensidad y emotividad.

Transcurrido ese año, en 1959 regresan a Columbia y Carlos publica el fruto de su trabajo: *Unamuno contemplativo* y una versión abreviada del libro sobre Prados en un número especial de la *Revista Hispánica Moderna* (1960). Tras un breve periodo en el Campus de Riverside de la Universidad de California, en 1962 le llega la oferta de una cátedra en la Universidad Johns Hopkins en Baltimore. Por el reconocimiento profesional que le supone, no puede renunciar a ella. Dicha cátedra había sido ocupada años atrás por otro insigne exiliado, Pedro Salinas. Pero Carlos y su familia no se sienten en ningún momento a gusto en el ambiente cerrado, prejuicioso, racista y ultraconservador que le rodea en su nuevo destino: “fue en la Hopkins, en Baltimore, donde descubrí el solipsismo, la verdadera alienación, descubrimiento en el que coincidieron Iris y los hijos [...] A diferencia de Columbia, ahora sí que estábamos en las mismísimas entrañas del monstruo, en el mismísimo centro de su locura y, si empezaban a volar bombas atómicas, ¿a dónde huir?”. Tras dos años de estancia en Baltimore y un corto viaje a España y el País Vasco donde entra en contacto con distintas personalidades de la cultura (Vicente Aleixandre, José Luis Cano, Aurora Albornoz, Iris Zavala, Carlos Barral...), vuelve a los EE.UU. En estas páginas nos da una visión de una España atrasada y problemática. Es la época en la que se introduce en el pensamiento marxista a través de la lectura de sus textos básicos (Marx, Engels).

De vuelta a los EE.UU, distintas circunstancias y el ansia de salir de Baltimore, lo llevan nuevamente a California, esta vez no a Riverside sino a un nuevo campus que la Universidad estaba creando en La Jolla, más tarde conocido como Universidad de California en San Diego. Uno de los aspectos que más nos llaman la atención de muchos de los exiliados es su participación en los inicios de diferentes empresas intelectuales:

universidades, revistas culturales, editoriales, etc. Estamos en el año 1964. El proyecto de creación de una nueva Universidad diferente, participativa, con nuevos planes de estudio en los que se vertebran tanto el conocimiento humanístico como científico, dirigida también a colectividades como la negra o la chicana, confiesa Carlos que fue una de las actividades más interesantes que realizó en su vida. En relación con la creación de la biblioteca, nos dice: “Uno no tiene demasiadas cosas de las que enorgullecerse en su vida, tal vez, con suerte, dos o tres, pero el haber iniciado la sección hispánica de la biblioteca de la Universidad de California en San Diego (y, casi enseguida, la francesa y la italiana) es para mí un –tal vez tonto- objeto de orgullo”. Es una época en la que la utopía estaba presente y los movimientos estudiantiles organizados comenzaban ya a reclamar una nueva sociedad. En 1965 llegan los primeros 500 alumnos a la Universidad. En 1966 se inscriben en el campus una veintena de estudiantes mexicanos y afroamericanos que trabajan en los inicios de los movimientos negro y chicano de la Universidad de California. Es la época de los panteras negros, Malcolm X, Martin Luther King, París del 68, primavera de Praga. En los inicios de esta Facultad, entre los docentes, nos encontramos con figuras como Américo Castro, Claudio Guillén, Diego Catalán, Juan Goytisolo, Susan Kirkpatrick

En 1966 se traslada a Madrid como director del programa que la Universidad de California tenía instalado allí con el fin de que los alumnos tuvieran la experiencia de estudiar y vivir unos años en el extranjero. La experiencia, no exenta de problemas, fue igualmente muy reconfortante. Muestra Carlos gran capacidad para enriquecerse con cualquier circunstancia que le toca vivir y que hace de él un espíritu inquieto y emprendedor, artífice de su propia vida. En las memorias quedan patentes sus valores de libertad y apertura, y se revela como una persona con un sentido de la moralidad y responsabilidad muy acusado, heredada de la ética republicana de sus mayores y maestros. Sigue trabajando en crítica literaria: *Juventud del 98*, publicado en 1970.

Durante los años finales de los sesenta y a lo largo de la década de los setenta, la vida de Carlos se va a caracterizar por su actividad política y social generada desde La Jolla. De esta actividad participará también uno de los gurús de la llamada Nueva Izquierda, Marcuse. Muchas veces detrás del personaje se nos pierde la persona y por eso son interesantes algunas de las anécdotas cotidianas de Marcuse, que engrandece aún más su figura.

Un lugar especial en sus memorias lo constituye su regreso al País Vasco (a petición de Koldo Mitxelena) para trabajar en la Universidad (UPV-EHU), recientemente creada en 1980. De este momento relata diversas anécdotas con diversos protagonistas de la vida pública vasca, por ejemplo con Santiago Brouard, asesinado por los Gal el 20 de noviembre de 1984, así como distintas circunstancias vividas: el golpe de estado del 23-F de 1981, su militancia en el EPK (Partido Comunista de Euskadi), las luchas internas dentro del partido, la configuración de Euskadiko Ezkerra, sus conversaciones con Roberto Lertxundi, Onaindía, etc. La experiencia, para un Carlos que tenía ya 53 años, no fue todo lo positiva que cabría esperar. Vuelve a California donde hoy reside sin renunciar a sus viajes por México y el País Vasco, espacios a los que está unido irremediabilmente. De los profesores que se incorporan a la nueva Facultad del Campus de Vitoria, podemos destacar a Ibón Sarasola, Enrique Knorr, Inés Pagola, Jon Juaristi, María Eugenia Lacarra, etc.

A lo largo de estas páginas participamos de la “realidad real” desde tres miradas, desde tres ángulos diferentes, desde tres culturas: la española-vasca, la mexicana y la norteamericana. Una vida enriquecida con múltiples contactos personales de gentes que han tenido cosas que decir en el siglo XX, dedicada a la docencia, a la investigación literaria y, más recientemente, a la literatura.

Las memorias terminan aquí, quedan truncadas con el relato de su aventura vasca, finalizada en el curso 1984-1985, aventura de la que ya han pasado casi veinticinco años. Sobre su vida durante la década de los noventa y lo que llevamos de siglo XXI apenas hay algunas referencias en las últimas páginas del libro; por lo tanto, una vida y unas memorias sin concluir.

Las palabras de Carlos son el testimonio de una vida y sus circunstancias. Una vida cuya narración, cuyo relato, no ha finalizado todavía: falta la última palabra. Una vida “de mal asiento”, transcurrida “por el mundo” y, por ello, tan rica en vivencias y actividades. Una vida, en fin, que ha intentado vivir con intensidad y generosidad. Exponente del exilio republicano, esperemos que su eco, que el eco de su voz, perdure entre nosotros, al menos un tiempo más. Memoria necesaria en un tiempo de desmemoriados.

Después de leer estas memorias nos sentimos atrapados por la personalidad de Carlos Blanco Aguinaga, por su visión amplia y no

dogmática de la realidad. Una personalidad, además, traspasada por valores humanistas y comprometida, no sólo con el pensamiento sino también con la acción, con la problemática más acuciante de su tiempo. Una personalidad, en definitiva, con una clara conciencia social.

María Bueno  
Iñaki Beti